

—Nada,—dijo Mario con cierta firmeza y resolución casi feroz.

—¡Nada! ¿No tenéis para vivir más que las mil doscientas libras que os tengo señaladas?

Mario no respondió.

El señor Guillenormand continuó:

—Entonces, ya comprendo. ¿Es que es rica la joven?

—Como yo.

—¡Qué! ¿No tiene dote?

—No.

—¿Y esperanzas?

—Creo que no.

—¡Enteramente desnuda! ¿Y qué es su padre?

—No lo sé.

—¿Y cómo se llama?

—La señorita Fauchelevent.

—¡Fauche . . . ! ¿qué?

—Fauchelevent.

—¡Pist!—prorrumpió el viejo.

—¡Señor!—exclamó Mario.

El señor Guillenormand le interrumpió con el tono de un hombre que se habla á sí mismo.

—Perfectamente; veintiún años, sin posición, mil doscientos francos al año, y la señora baronesa de Pontmercy irá á la plaza por un cuarto de peregil.

—¡Señor!—dijo Mario con la angustia de la última esperanza que se desvanece.—Yo os lo suplico en nombre del cielo, con las manos juntas, me postro á vuestras plantas. Dadme vuestro permiso para casarme!

El viejo soltó una carcajada estridente y lúgubre, á través de la cual tosía y hablaba.

—¡Já! ¡Já! ¡Já! Os habréis dicho: ¡pardiez! ¡Voy á buscar á ese viejo pelucón, á ese absurdo bodoque! ¡Qué lástima que no tenga yo veinticinco años! ¡Cómo le pasaría una respetuosa papeleta de aviso! ¡Cómo me arreglaría yo sin él! Pero es lo mismo; yo le diré: “Viejo chocho, eres muy feliz en verme; tengo ganas de casarme; quiero casarme con la señorita Fulana, hija del señor Fulano; yo no tengo zapatos, y ella no tiene camisa; pero quiero echar á un lado mi carrera, mi porvenir, mi juventud, mi vida; deseo hacer una excursión por la miseria con una mujer á cuestas; este es mi capricho: ¡y es preciso que consintais! Y el viejo fósil consentirá”. Anda, hijo mío, como quieras, á tate la sogá, cástate con tu “Pujavientos”, con tu “Contravientos”. . . . ¡Jamás, caballero, jamás!

—Padre mío.

—Nunca.

Mario perdió toda esperanza al oír el acento con que fué pronunciado aquel “nunca.”

Atravesó el cuarto lentamente, con la cabeza inclinada, tembloroso, y pareciéndose más al que se muere que al que se vá.

El señor Guillenormand le siguió con la vista; y en el momento en que se cerraba la puerta y Mario iba á desaparecer, dió cuatro pasos con esa viveza senil de los

viejos impetuosos y coléricos, cogió á Mario por el cuello, volvióle enérgicamente al aposento, arrojóle sobre un sillón, y le dijo:

—¡Cuéntame eso!

Sólo esta frase, padre mío, que se le había escapado á Mario, había causado aquella resolución.

Mario le miró asustado. El flexible semblante del señor Guillenormand no expresaba más que una ruda é inefable bondad.

El abuelo se había convertido en padre afectuoso.

—Vamos á ver, habla; cuéntame tus amoríos; charla, dímelo todo. ¡Caramba! ¡Y qué tontos son los muchachos!

—¡Padre mío!—repitió Mario.

El rostro del anciano se iluminó por completo de un indecible resplandor.

—Sí, esto es; ¡llámame padre, y verás.

Había en estas frases algo tan bueno, tan dulce, tan franco, tan paternal, que Mario pasó repentinamente del desaliento á la esperanza, y quedó como aturdido y confuso.

Estaba sentado junto de la mesa; la luz de las bujías hacía resaltar lo estropeado de su traje, que el señor Guillenormand examinaba con asombro.

—Pues bien, padre mío,—dijo Mario.

—¡Ah!—interrumpió el señor Guillenormand.—¿Cómo es eso? ¿No tienes, en efecto, ni un sueldo? Vas vestido como un ladrón.

Y abriendo un cajón, sacó una bolsa, que puso sobre la mesa.

—Toma, ahí tienes cien luises; cómprate un sombrero.

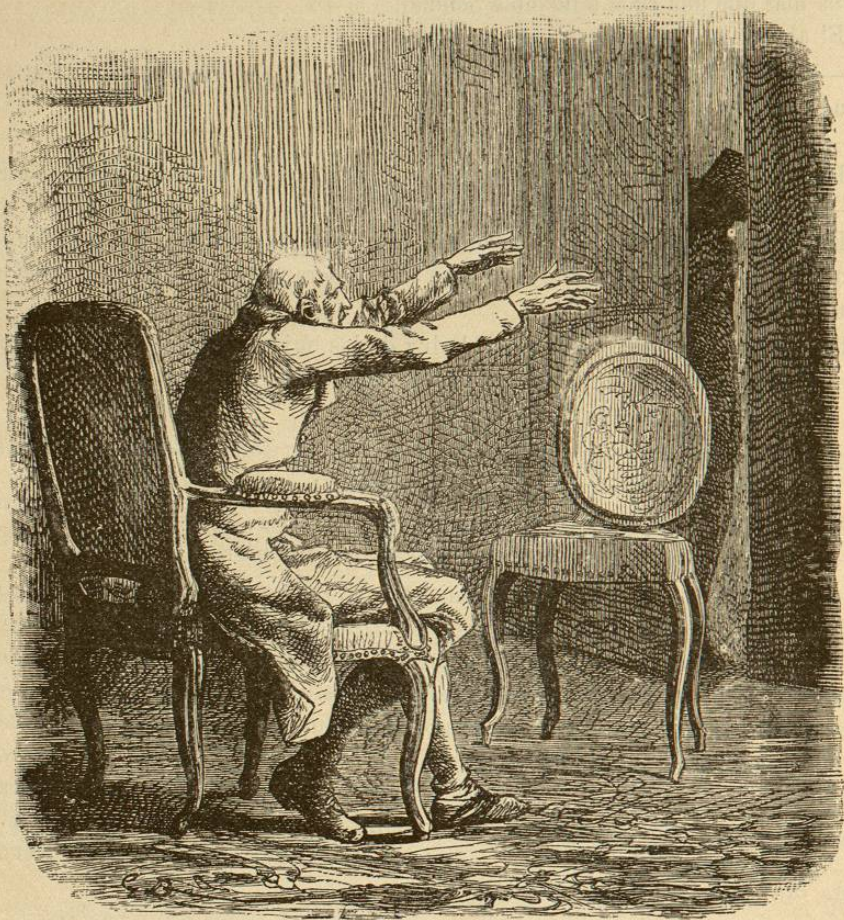
—Padre mío,—continuó Mario,—mi buen padre, ¡si supieseis! La amo. No podeis figuraros La primera vez que la ví fué en el Luxemburgo, á donde ella iba á pasear. Al principio no fijé la atención; pero después yo no sé como me he ido enamorando. ¡Oh! ¡Qué desgraciado me ha hecho esto!! Pero, en fin, ahora la veo todos los días en su casa; su padre no lo sabe. Figuraos que van á partir. Nos vemos en el jardín por la noche. Su padre quiere ir á Inglaterra, y yo me he dicho: voy á ver á mi abuelo y á contárselo. Me volveré loco, me moriré, caeré enfermo, me arrojaré al agua. Es preciso que me case, porque si no, voy á volverme loco. Esta es la verdad; creo que no he olvidado nada. . . . Vive en un jardín donde hay una verja en la calle Plumet, cerca de los Inválidos.

El señor Guillenormand se había sentado alegremente al lado de Mario. Al mismo tiempo que le escuchaba y saboreaba el sonido de su voz, saboreaba también un polvo de tabaco.

Al oír “calle Plumet” detuvo la aspiración, y dejó caer el tabaco sobre sus rodillas.

—¡Calle Plumet! ¿Calle Plumet, dices? ¡Veamos! ¿No hay por allí un cuartel? Sí, eso es. Tu primo Teodulo me ha hablado ya; el lancero, el oficial. Un mariquita, amigo mío, un mariquita. ¡Vaya, sí, calle Plumet! La que se llamaba antes calle Blomet. Ahora me acuerdo; he oído hablar de esa verja de la calle Plumet. En un jardín, una Pamela. No tienes mal gusto; dicen que es muy aseadita. Aquí, entre nosotros; yo creo que ese tonto de lancero le ha hecho la corte; no sé hasta donde habrá llegado; pero, en fin, eso no es nada; además de que no hay que creerle, porque es muy vanidoso al hablar de sus aventuras.

“Mario, me parece muy bien que un joven como tú esté enamorado, porque eso es propio de tu edad, y mejor quiero que seas enamorado que jacobino; mejor quiero verte enamorado de unos zagalejos, ¡caramba! de veinte zagalejos, que del señor Robespierre. Fu cuanto á mí, en materia de “descamisados” no me gustan más que las mujeres. Las muchachas bonitas son siempre las muchachas bonitas; ¡qué diablo! y á esto no puede hacerse objeción alguna.



“¡Con que la niña te recibe á escondidas del papá! Eso está muy puesto en el orden. A mí me han pasado historias de ese género, y más de una. ¿Y sabes tú eso cómo se arregla? No se toma la cosa con demasiado calor; no se precipita uno en lo trágico; no se acaba por un casamiento yendo á parar al registro de la alcaldía. Es preciso ser mozo de provecho; es preciso tener sentido común.

Tropezad, mortales, pero no os caséis.

“Cuando llega un caso parecido se anda en busca del abuelo, que es un buen hombre en el fondo, y que tiene siempre algunos paquetes de luisas en su antiguo cajón, y se le dice: “abuelo, esto me pasa.” Y el abuelo dice: es muy natural. Es preciso que la juventud se divierta, y que la vejez se arrugue. Yo he sido joven, y tú serás viejo. Anda, hijo mío, anda; que ya dirás tú también esto mismo á tus nietos. Aquí tienes doscientas pistolas. ¡Diviértete, caramba!” ¡Nada mejor! Así debe lle-

vase este negocio. No se casa uno; pero ¿eso qué importa? ¿ya tú me comprendes?”

Mario, petrificado, y sin poder pronunciar una palabra, hizo con la cabeza un movimiento negativo.

El buen viejo se echó á reír, guiñó el ojo, le dió un golpecito en la rodilla, le miró entre ambos ojos con aire misterioso, y le dijo alzando cariñosamente los hombros:



—¡Tonto! ¡Tómala por querida!

Mario palideció. No había comprendido nada de todo lo que acababa de decirle su abuelo. Aquella confusión de calle Blomet, de Pamela, de cuartel y del lancero, había pasado por delante de Mario como una fantasmagoría.

Nada de aquello podía referirse á Cosette, que era una azucena.

El viejo divagaba sin duda; pero todo había concluido en una palabra que Mario había comprendido y que era una injuria mortal á Cosette. La frase “tómala por querida,” había penetrado en su corazón como una espada. Se levantó, cogió el sombrero que estaba en el suelo, y se dirigió hácia la puerta con paso firme y seguro.

Allí se volvió, se inclinó profundamente ante su abuelo, levantó después la cabeza, y dijo:

—Hace cinco años insultó usted á mi padre; hoy á insultado á mi esposa. Yo no le pido á usted nada. Adios.

El señor Guillenormand, estupefacto, abrió la boca, extendió los brazos y trató de levantarse, pero antes de que hubiera podido pronunciar una palabra, se había cerrado la puerta y Mario había desaparecido.

El anciano permaneció algunos momentos inmóvil, como si hubiera caído un rayo á sus piés, sin poder hablar ni respirar, como si una mano vigorosa le apretara la garganta.

Por fin se levantó del sillón, corrió hacia la puerta con toda la velocidad con que se puede correr á los noventa y un años, la abrió, y gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Acudió su hija, y luego los criados, y les dijo con angustioso aliento:

—¡Corred detrás de él! ¡Cogedle! ¿Qué le he hecho yo? ¡Está loco! ¡Se va! ¡Ay, Dios mío! ¡Ahora ya no volverá!

Se dirigió á la ventana que daba á la calle, la abrió con sus viejas y temblorosas manos, se inclinó sacando medio cuerpo fuera, mientras que Vasco y Nicolásita le sujetaban por detrás, y gritó:

—¡Mario! ¡Mario! ¡Mario! ¡Mario!

Pero Mario ya no podía oírle, porque en aquel instante volvía la esquina de la calle de San Luis.

El octogenario llevó dos ó tres veces las manos á las sienes con expresión de angustia, retrocedió temblando, y se recostó en un sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, moviendo la cabeza, y agitando los labios con aire estúpido; sin tener en los ojos y en el corazón más que un algo lúgubre y profundo como la noche.



¿A dónde van?